

INAUGURACIÓN DE LA SALA PERUANA

EN EL

DEPARTAMENTO DE ARQUEOLOGÍA Y ETNOGRAFÍA DEL MUSEO DE LA PLATA

El 10 día de octubre de 1940 tuvo lugar, en una ceremonia de brillantes proporciones, el acto de inauguración de la « Sala Peruana » en el Departamento de Arqueología y Etnografía de este Instituto.

El acto contó con la presencia del señor Presidente de la Universidad Nacional de La Plata, doctor don Juan Carlos Rébora, y de miembros del Consejo superior; del Interventor nacional en la provincia de Buenos Aires, doctor don Octavio R. Amadeo; del Embajador del Perú en la Argentina, doctor don Felipe Barrera y Laos; del Cónsul general del Perú, doctor don Ricardo Vegas García; del Comisionado municipal, señor Carlos D. Rocha; de los representantes de las principales instituciones y sociedades científicas del país; de numerosos invitados especiales; de profesores de la Universidad; de las autoridades, personal científico-docente del Museo y alumnos de la Casa, y de un público numeroso y selecto en el que se encontraban varias familias peruanas radicadas en la Argentina.

DISCURSO DEL DIRECTOR DEL MUSEO, DOCTOR DON JOAQUÍN FRENGUELLI

Es para mí excesivo privilegio ofrecerles la bienvenida en nombre del personal de este Museo y agradecerles la reconfortante emoción que nos habéis procurado con la honra tan señalada de vuestra concurrencia.

El Instituto del Museo de la Universidad, con el brillo que le confiere vuestra presencia, inaugura una nueva sala, que es exponente de nuestro propósito firme de renovación y de superación; una nueva sala que, en las dificultades de la hora que corre, es también expresión de voluntad decidida en mantener y acrecentar el prestigio que, allende las montañas y allende los mares, por virtud de mis predecesores y de su personal, supo merecer y supo conservar para mayor gloria de la patria.

La sala que inauguramos, hasta hace poco una muestra de calcos esculturales centroamericanos, se incorpora hoy al Museo como archivo de teso-

ros valiosos y auténticos, exhibidos en la forma más adecuada que puede desearse para los fines a que se destinan.

Su organización fué posible merced al subsidio especial que nos otorgó el Hon. Congreso y gracias a la feliz intervención de los Diputados nacionales, señores Carlos F. Bonazzola y Numa Tapia.

Séame permitido expresarles públicamente, en nombre del Instituto, los sentimientos más vivos de nuestra profunda gratitud.

Animados por un fervor patriótico verdadero, porque desinteresado, alentados por la excelencia del propósito, ellos comprendieron que el Museo de La Plata de ninguna manera hubiera podido llenar la misión que se le había confiado, ni mucho menos conservar el prestigio que había merecido tras largos años de intensa labor, en el estado de indigencia en que había caído.

Con clara visión, percibieron la necesidad ineludible de nuestra tarea para que no mengüe el alto nivel intelectual y moral logrado por el alma de la patria.

En realidad, cuando una sociedad se limitara a concentrar sus esfuerzos en el progreso técnico y en el bienestar material, renunciando al culto de ideales puros que viven de la especulación desinteresada o rechazándolo por superfluo e inútil, esa sociedad habría renunciado a una fuerza que vincula las ideas, las aspiraciones, los sentimientos de libertad verdadera.

Habría renunciado también a un medio eficaz y poderoso de progreso espiritual y moral, que es también fuerza y poder en el perenne conflicto de intereses y de ideas.

Fué ésta, sin duda, la preocupación que movió con fecunda intensidad la tendencia de la Revolución de Mayo. Lo comprueba claramente el hecho de que, cuando ella con la paz llegó a realizar su obra constructiva, produjo aquel magnífico florecimiento de cultura personificado por Bernardino Rivadavia; aquella fase magnífica de progreso intelectual que culminó en la fundación del Museo de Ciencias naturales de la ciudad de Buenos Aires.

También fué el mismo espíritu que guió al gran educacionista Faustino Sarmiento cuando, en los momentos difíciles de la reorganización nacional, rematara su vasta cruzada civilizadora con la fundación de la Academia nacional de Ciencias.

Y la misma convicción impulsó la fértil clarividencia de Joaquín V. González, en ocasión de aquella admirable conquista civil realizada con la construcción de esta hermosa ciudad de La Plata, y lo empeñó en crear nuestra Universidad y a cimentarla en la piedra angular labrada por el patriotismo de Francisco P. Moreno.

Nuestro prócer claramente lo expresa en su proyecto de ley y en su *Memoria de la fundación de la Universidad de La Plata*: «Estoy convencido— declara —, que incorporando a esta nueva Universidad el tesoro científico de la República, sentamos las bases de la renovación más fecunda a la cual pueda aspirarse, del espíritu y de las tendencias de la enseñanza pública

argentina en todos sus grados y sus especialidades, y que contribuiremos de la manera más eficaz, aconsejada por la experiencia universal y particular, a la multiplicación de las fuentes más abundantes de la prosperidad económica, moral y política del país ». « Gracias a su importancia y a los elementos científicos de que dispone el Museo, será evidentemente la escuela fundamental de la Universidad, la que le dará su carácter predominante y constituirá el foco más vivo y más intenso de su vida corporativa ».

En verdad las bellas esperanzas de Joaquín V. González no anduvieron frustradas. Nacido bajo el auspicio de una generación heroica, que estableció bases inmovibles a la argentinidad, creando con sus generosos sacrificios una atmósfera de emulación y de entusiasmo, no sólo en el campo político y social, comercial y económico, sino también en el campo de las letras, de las artes y de la investigación científica, el Museo de La Plata ha cumplido con los compromisos contraídos.

La nueva sala que inaugura hoy es de esto una expresión elocuente. Después del breve período de confusión que afectó a todos nuestros institutos universitarios, el hecho demuestra que el Museo de La Plata ha vuelto a su misión con ritmo acelerado.

Y es con profunda satisfacción que advierto cómo este ritmo, vuelto a la acción intensa gracias a la comprensión de los Poderes públicos y al desvelo de los Diputados nacionales que me honré mencionar, ha reanimado a todas las diferentes actividades de nuestra compleja tarea.

En efecto, el subsidio que nos fué concedido, no se invirtió sólo en la adquisición de los muebles y de los preciosos materiales que se exhiben en la nueva « sala peruana ».

Se adquirieron además valiosas colecciones zoológicas, botánicas y paleontológicas, que acrecentaron nuestro acervo, en todos sus departamentos.

Se compraron libros, que son medios de trabajo imprescindibles y se reanudó la suscripción a revistas científicas, suspendida desde ya varios años.

Se dió incremento y extensión a la exploración del territorio argentino, llevándola a los rincones más apartados de la República, de acuerdo con la letra y el espíritu de la Ley-convenio.

Se enriquecieron de esta manera nuestros materiales para la exhibición y el estudio.

Se proveyeron los laboratorios de aparatos e instrumentos científicos indispensables para la investigación y la docencia.

Se publicaron con amplitud los resultados de nuestra labor en el gabinete y en el terreno, así como también de nuestros colaboradores nacionales y extranjeros.

Se atendió con mayor intensidad, dentro de lo posible, también otro de nuestros compromisos ineludibles : el de la enseñanza, que con visión clara y certera nos confiara la Ley según la voluntad expresa del gran fundador de nuestra Universidad ; y cuyo alcance fué definido de una manera precisa al dictaminarse que el Museo de La Plata, sin abandonar su misión como

centro de estudios científicos puros y de exploración del territorio argentino, como edificio de conservación de los tesoros que ha acumulado, se pusiera al servicio de la instrucción científica de la Nación entera, según el plan metódico y coordinado de una Universidad.

Nuestra tarea docente mejorará también en la aplicación del nuevo plan de estudios que oportunamente su excelencia el Ministro de Instrucción Pública acaba de aprobar.

Pero, no llegará a su completa eficiencia mientras la Escuela superior de Ciencias naturales, ya atestada de alumnos, siga funcionando en las pequeñas aulas precariamente improvisadas, hace ya 35 años, en los sótanos del edificio.

Ellas no pueden abrigar los 500 alumnos actualmente inscriptos en nuestro Instituto.

Y si, extremando medios coercitivos y selectivos, podríamos reducir el número de los 150 alumnos propios, de ninguna manera estaría en nuestras posibilidades disminuir los 400 alumnos que nos vienen de otras facultades, de acuerdo con el régimen de correlación propio de nuestra Universidad.

Tampoco es suficiente la pequeña partida que se asignara a la enseñanza en 1929, cuando el Museo tenía un solo alumno propio, y que desde entonces no ha variado.

En fin, tampoco puede bastar para la compleja función del Museo, a la vez de exhibición, de investigación, de exploración científica y de docencia universitaria, su actual personal superior rentado, que se reduce a nueve entre Jefes de Departamento y Profesores.

Felizmente, el Museo cuenta con un personal abnegado que, para mayor incremento de la obra de F. P. Moreno y J. V. González, no escatima sacrificios ni vacila en sobrecargar su tarea.

Y, también, cuenta con colaboradores que gratuitamente nos prestan servicios valiosos en el laboratorio y en la cátedra.

Para la circunstancia que nos congrega, cábeme señalar especialmente el doctor Fernando Márquez Miranda, quien desde muchos años con celo encomiable cuida el Departamento de Arqueología y Etnografía, y quien con pericia y cariño ha organizado la sala que vamos a inaugurar, a pesar de que sólo reviste su cargo interinamente y *ad-honorem*,

El Museo de La Plata, no sin razón ha iniciado la renovación y el mejoramiento de sus exhibiciones con la « sala peruana ».

Quiso seguir, en cambio, criterios precisos.

Desde el tríptico punto de vista cultural, científico y artístico, la nueva sala encierra, sin duda, los más preciados valores de sus colecciones arqueológicas.

No en vano se ha dicho que las culturas peruanas emergen sobre las demás culturas de América como las enhiestas cumbres de la cordillera sobre la llanada.

Dentro del concepto naturalístico del simbólico anillo evolutivo que guió el eximio fundador del Museo y el arquitecto de su magnífico edificio, el arte peruano remata gloriosamente en América ese largo proceso biológico que desde la hipotética e informe monera debía llegar hasta el hombre dotado de la más alta capacidad psíquica.

Los grandes artifices preincaicos, escultores y pintores admirables, tejedores insuperados, no sólo alcanzaron en América este grado sumo de la evolución progresiva de la materia y de la psique, sino también influyeron de una manera poderosa y benéfica en el desarrollo de las culturas del resto del continente.

Para interpretar correctamente el espíritu y el carácter de las demás civilizaciones americanas, las que prosperaron en el suelo argentino inclusive, debemos partir del estudio de las culturas de Nazca, Chimú y Trujillo.

En el trágico trance que hoy azota a la humanidad, el Museo de La Plata quiso buscar también un motivo plausible de confraternidad americana.

Mientras volantes argentinos, en una prueba magnífica de pericia y de arrojo, han unido con una estela fraterna Buenos Aires, La Paz y Lima, el Museo de La Plata quiso tender un nuevo lazo de solidaridad cultural desde la costa pacífica del Perú por el altiplano de Bolivia y el Noroeste argentino, hasta las riberas del Plata.

Secundando así el espíritu de nuestra América, que cada vez más se adhiere y se concentra en el concepto de una patria grande y única, en el ideal de una patria cada vez más noble y más amplia; un ideal que, respetando naciones, es garantía de paz entre los pueblos, y arbitrio poderoso de armonía y de progreso.

DISCURSO DEL JEFE DEL DEPARTAMENTO DE ARQUEOLOGÍA Y ETNOGRAFÍA,

DOCTOR DON FERNANDO MÁRQUEZ MIRANDA

El primer contacto de los españoles con los indígenas de América, producido a raíz del dominio hispánico sobre los núcleos antillanos, no estaba rodeado del descubrimiento de deslumbradores elementos culturales. El hallazgo de los batalladores caribes, poseedores del parvo bagaje cultural que Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdez nos ha descripto, no era circunstancia histórica suficientemente demostrativa de que más allá, sobre los amplios dominios a conquistar, adentrándose en la ignota tierra cuya línea desdibujada alcanzábase apenas a ver desde el puente movedizo de las naos, escondíanse vastas civilizaciones que, en muchos aspectos, poco o nada tenían que envidiar a la recién unificada España.

El nuevo paso de la conquista hispánica — el salto del dominio insular a la sede panameña — marca el comienzo de la invasión centro y sudamericana. En Panamá han de levantar bandera de enganche Pizarro y Almagro, y de allí han de partir, también, los aventureros de refuerzo. Singular

momento de la ciudad del Pacífico en cuyas calles tortuosas e irregulares se codean centenares de codicias desenfrenadas, de abnegaciones tremendas, de prejuicios de posesión de verdades eternas, de mensajes teológicos de expansión de la Cristiandad, y de afanes de lucro y de gloria entreverados, para formar una de las más grandes cargas de pasión y de energía, de ensueño y de tesón que hayan sacudido y conquistado un mundo...

El encuentro con el Imperio de los Incas no se verifica de improviso. Noticias cada vez más circunstanciadas permiten ir entreviendo la realidad que se avecina. Pero, aún así, el estupor del encuentro se traduce en todos los relatos. Pese a tal cual escala intermedia, en la cual los españoles famélicos son estupendamente agasajados o en que el carácter sedentario y pacífico de los naturales permite que algunos blancos se aventuren a internarse y recorrer poblaciones indígenas, el acceso a los lugares centrales del Tahuantinsuyo deja un eco de maravilla en las páginas, generalmente escuetas, de los conquistadores. La entrevista de Cajamarca, por ejemplo, bajo la pluma del diestro caballista Francisco de Jerez, revela con qué ojos asombrados se asomaron los recién venidos en aquel territorio nuevo. Los soldados vestidos de azul, coronados con altos penachos, los dignatarios del reino con sus *uncus* bordados y sus joyas de oro, el Inca mismo y tras él — como favor insigne —, en unas andas semejantes a las suyas, el cacique de Chinchas, ante quienes cohortes de indígenas barrían el suelo, arrojaban flores y lanzaban al cielo sus alaridos entusiastas, son — como hace notar acertadamente Baudin — elementos de una verdadera *féerie*. Flora y fauna, nuevas para ellos, contribuían a crear ese escenario de fantasmagoría en la cual ellos mismos resultaban ser, pese a su recio empaque castellano, los elementos más sombríos, menos coloridos.

No es extraño, pues, que ante tanta grandiosidad, ante tanto fausto, todo lo que perteneciera al pasado pre-incásico permaneciera en sombras. Las singularidades de aquel gobierno, las ingentes riquezas acumuladas por la paternal previsión de aquel socialismo de Estado ante cuyos depósitos fiscales Pedro Pizarro quedara admirado, el esfuerzo previsoramente político de ir borrando todo recuerdo de lo que fuera la vida anterior a la existencia del Imperio, la maravillosa distribución de las tierras, cuyo orden y forma de cultivos nos describen Garcilaso y Cobo, las minucias de su legislación de aguas — que sumía en asombro al padre Acosta, reconociendo que no la había mejor en Murcia, una de las regiones mejor cultivada de España —, la utilización de la estadística como instrumento de gobierno y de los *Kipu* como sistema nemotécnico recordatorio, que tan estupefactos dejara a Gómara, Morúa, y a Cieza de León en su entrevista con el cacique de Guarapora, y que arranca tan ingenuas y transparentes expresiones administrativas a Acosta, todos estos atisbos de un mundo físico, de un orden político, de una estratigrafía social, de una economía colectivista, tendían a considerar a este país como la única manifestación de una gran civilización y de gran estado que pudiese haberse formado en esa tierra.

Con una sola excepción, asaz meritoria, todos los cronistas parten de la base de que antes de los Incas sólo existió la barbarie y que Manco Capac y su esposa y hermana Mama Ocllo, pareja de héroes civilizadores, llegan a enseñar a los habitantes de la región del Cuzco — y por su intermedio a todos los seres del Tahuantisuyo — los beneficios de una civilización agrícola, de la que son anunciadores. Sólo el jesuita madrileño Fernando Montesinos afirma que antes de aquellos floreció la civilización de los *amautas*, maestros y filósofos, cuyo reino, en consonancia con estas actividades intelectuales de sus gobernantes organizadores debería haber sido una especie de sonriente monarquía utópica, a la manera platoniana.

Ya por ese entonces nada se sabía en el pueblo incásico de las grandes culturas preincaicas. Con la imposición de la religión solar y de la lengua quichua — normas inflexibles de la conquista incásica — se había ido perdiendo en el pueblo el recuerdo de todo aquel pasado. La falta de escritura, y la correlativa costumbre de recordación oral de las gestas históricas por medio de la poesía declamada, permitió ir depurando la versión oficial, y única, de la historia, de toda alusión comparativa y molesta. La política de absorción imperial se fué verificando sin tropiezos. Tan es así que Pedro Pizarro creía que el Gran Chimú era un ídolo — no un reino o un soberano — y que Jerez, que atraviesa todo ese territorio y se aposenta justamente en Paramonga — lugar que constituye un punto principal de la frontera del sur de aquel reino y del cual tenemos en nuestra nueva Sala un par de preciosas piezas de cerámica —, no menciona ni una sola vez la existencia del Chimú. Por su parte, Garcilaso, habitualmente tan bien informado por sus fuentes maternas de todo lo atañadero a la cultura indígena, habla de Paramonga como de un fuerte, mandado levantar por los Incas. Y en los ingenios dibujos de Poma de Ayala, que ha editado facsimilarmente el Instituto de Etnología de París, en donde aquél inicia la historia de los Incas remontándose a la misma inverosímil altura en que el no menos ingenuo franciscano Juan de Pineda — cuyo manuscrito historiado pude examinar en la Biblioteca del Escorial — hacía llegar el estudio del linaje de Felipe II — a Adán — no hay tampoco la menor alusión a otros regímenes políticos y, de la barbarie, la desnudez y la antropofagia, se pasa a la cultura que los Incas traían.

Naturalmente, esta esquematización apresurada no responde a la verdad. En los tiempos de Renan se hablaba del « milagro griego », porque no se conocían aún las maravillosas y aurales civilizaciones prehelénicas: Creta, Troya, Micenas, reposaban todavía bajo el velo tendido por la generosa madre tierra y los pocos vestigios que afloraban eran interpretados como formando parte de esa gran cultura griega que aparecía, entonces, armada de todas sus armas de cultura, de arte, de belleza, como Minerva de la cabeza de Júpiter. El propio Renan, al final del prólogo de aquel su delicioso libro, *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*, agradece con fervor y elocuencia que no contrarían la línea ática de su prosa exquisita, a aquella

vasta serie de oscuros antepasados suyos, paisanos y marinos, que han ido acumulando en sí, atesorando en el linaje, las calidades y las reservas vitales que se han de dar en él, como en una capitalización final, para permitirle gozar de esos tesoros de inteligencia, de voluntad, de bondad y de comprensión humanas, que él puede exteriorizar plenamente.

Esto que Renan señala como un ejemplo individual y propio, acontece, con mayor razón, para los fenómenos colectivos de la cultura general. A la teoría cuvieriana de *les révolutions du globe* hay que oponer la lenta evolución, debida al progresivo influjo de las fuerzas naturales, que Lyell preconiza. Ninguna cultura aparece plenamente formada y los máximos períodos de esplendor ocultan con su pompa la larga espera y la maduración dolorosa y creciente.

Otro tanto ocurrió en esta parte de América. La llegada de los iniciadores del clan incásico a Cuzco, su apoderamiento de esa región y la dilatación del reino sobre los cuatro *suyu*, es cosa progresiva, que ocupa dos siglos, los XII y XIII de nuestra Era. El apogeo imperial lo forman los dos siguientes, y esta grandeza presenta ya indiscutibles muestras de debilitación interna y de disolución social cuando los españoles aparecen allí para aprovechar esa política de banderías que el abandono de las normas seculares de transmisión del trono había creado.

Los Incas, romanos de esta América precolombina, son los hacedores de ese Imperio, el mayor de los que el Nuevo Mundo poseyera, puesto que el dominio de los aztecas no alcanzó la unidad política y sólo llegó a configurar una asociación o federación de estados, que conservaban, en época de paz, laxas relaciones aunque se agruparan bajo un mando único para hacer la guerra. Tuvó el Tahuantisuyo, cual nos cuenta Cieza, más de mil doscientas leguas de costas y, posiblemente, de diez a doce millones de habitantes. Pero todo ese poder político, toda esa extraordinaria y previsora capacidad fiscal, no corren parejas con otras organizaciones y técnicas, en el orden de las artes manuales. Y si bien continuaron — como los indígenas que les precedieron en la *sierra* y en la costa — siendo grandes constructores y desarrollaron, con una capacidad y un concepto estratégico realmente románico las rutas imperiales, en cambio su advenimiento implica una verdadera regresión en una de las más tipificadoras artes manuales: en la alfarería. A la variedad y exquisitez de formas de la cerámica preincásica, la substituyen por los contados tipos, repetidos hasta la saciedad, de sus vasos utilitarios: el *aribalo*, el platillo con esa zoomorfa más o menos estilizada, la olla con pie, la asimétrica o calceiforme, la trípode o tetrápoda, piezas todas estas últimas en las que el grano grueso, la cocción a veces descuidada, la parva o ninguna decoración, subrayan su factura utilitaria, que ya el hollín pegado a sus paredes proclamara. En el *aribalo* mismo el alfarero busca una compensación a la necesidad de repetir, casi diríamos de calcar, la forma invariable, en un despliegue decorativo intenso. Hay — como ocurre entre nosotros con los ceramistas santamarianos — una intensificación

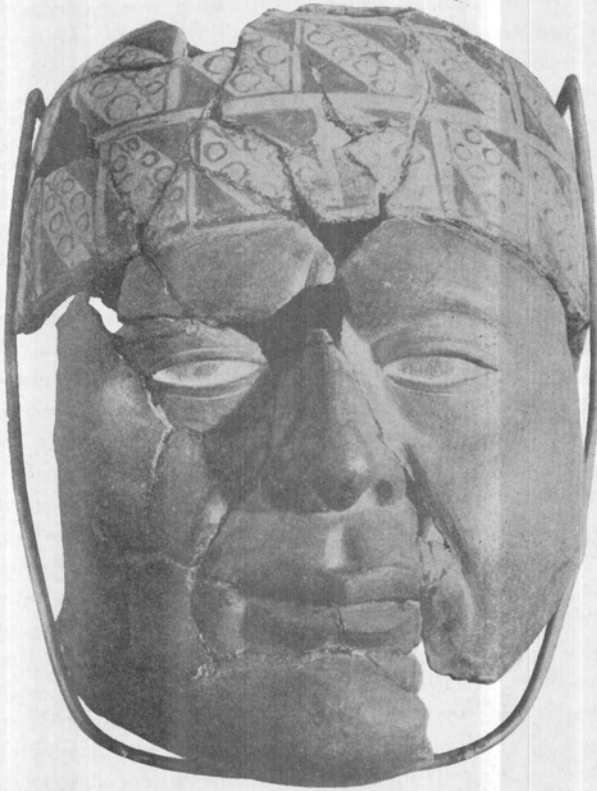
de la capacidad de los autores para hacer, con sus pocos elementos decorativos — las grecas, los escaques, las diversas maneras de una estilización geometrizable llevada a su más alto grado — variaciones ornamentales que acusan su ansia de originalidad. La decoración estilizada compensa, en parte, la repetición formal, pero no alcanza a destruir siempre esta sensación de uniformidad, a veces un poco oprimente, que el arqueólogo llega a recoger al contemplar una serie de estos vasos incásicos y que traduce, en ese arte manual, el sentido de vida colectiva, bajo ese Imperio, en el cual la personalidad quedaba casi anulada dentro de los rigurosos marcos estatales. Por ello es que en esta Sala destinada al lucimiento de esas artes menores, el período incásico resulta relegado a una exhibición pequeña y sin brillo frente al ímpetu creativo y a la maestría técnica que evidencian las artes anteriores.

En efecto, a ellas y casi sólo a ellas, puede decirse, se debe el conocimiento y la posibilidad actual de valoración de aquellas culturas pretéritas. Ciertamente que también nos quedan las huellas de la arquitectura, pero es la cerámica, más que nada, lo que nos ha permitido identificar las diversas culturas y determinar sus zonas de influencia geográfica. La arquitectura por sí sola sería elemento algo falaz, ya que los arqueólogos no han podido ponerse aún totalmente de acuerdo respecto de cuáles fueron los estilos del trabajo en piedra propiamente incásicos y cuáles los anteriores. Bien está que, por lo general, se arguye que el llamado estilo ciclópeo es preincásico y que lo típico del Tahuantinsuyo fué el trabajo con piedras pequeñas y canteadas, pero las superposiciones y acoplamientos de tantos tipos de industria lítica en la construcción de las *pircas* labradas en el propio Cuzco, son indicios más que ciertos de que toda cronología en este aspecto, es hoy todavía prematura y que acaso nunca pueda establecerse tan adecuadamente como lo han intentado Uhle y otros autores para una estratigrafía de los estilos en la alfarería. Por otra parte, al alzarse en la costa muros, templos y palacios, con el único material a la mano — el adobe — la perduración de los monumentos no ha podido alcanzar la duración secular que caracteriza a los edificios líticos. Su destrucción, al menos parcial, ha determinado que hoy sólo nos resten tenues vestigios del policromo enjalbegado, al que la irresponsable mano aleva del turista mancilla, vez tras vez, destruyendo para inscribir nombres y fechas anónimas, como obedeciendo subconscientemente a una necesidad de adherir esas sombras vanas y sin posibilidad propia de perduración a lo que sigue siendo pasmo de las generaciones. Y, naturalmente, lo que va quedando se presta cada vez menos al cotejo.

Templos escalonados en pirámide, vastas necrópolis que se van elevando como para avizorar al mar cercano, son esos edificios: Pachacamac, estudiado por Uhle, Wilca-Wain y Wari-Raxa de que nos hablara Tello se llaman, entre otros, los monumentos en adobe que allí se elevan. Las ruinas de Chan-Chan, la capital del Chimú y la fortaleza de Paramonga, que fué estudiada por el general Langlois; las construcciones de Rimac-Tampu; los

pucarás del reino de Cuismancu, cuya reconstrucción gráfica parcial ha intentado Hart-Terré; la aglomeración de viviendas urbanas y de templos del valle de Chíncha, aunque, en muchos casos con adiciones de época incásica de individualización relativamente fácil, prueban que la arquitectura monumental no es privativa de los Incas. Desgraciadamente, su estado cada vez más precario, priva hasta hoy de un estudio comparativo definitivo. En este arte, como en muchos otros aspectos de la cultura, los Incas asimilaron todo lo que les fué útil, no sólo en la costa sino también en la *sierra*. Garcilaso — cuya minuciosa descripción de las ruinas de la gran fortaleza de Saxahuanán ha sido puntualmente ratificada por las modernas restauraciones y estudios de Valcárcel y sus colaboradores del Instituto Arqueológico del Cuzco — dice que parte de la ciclópea construcción era de época anterior a los Incas y que éstos aprovecharon de lo hecho. Por otra parte, las áreas de difusión de las construcciones en piedra y en adobe llegan a un punto de aculturación y de confluencia: recientes investigaciones de Tello y de su discípulo Mejía Xespe han hallado en Sechín un templo de adobes con un magnífico friso de estelas, con figuras esculpidas cuya rigidez parece ser testimonio cierto de una gran primitividad en la ejecución, quizás tanto estilística cuanto cronológica. Quiero rendir aquí un homenaje de agradecimiento a ese gran cultor de estos estudios en el Perú, a cuya amplia generosidad intelectual debo el haber podido conocer y hasta fotografiar abundantemente ese yacimiento antes de que él lo publicara.

Por todo ello, pues, la cerámica será el arte que ha de darnos la pauta definidora. En el norte, en el Gran Chimú, el ímpetu creador asume formas esplendorosas, de cuyos vasos presentamos una nutrida serie. La capacidad modelística, realmente extraordinaria, se traduce en « vasos-retratos » tan finos de factura como esa excepcional pieza de Trujillo que hemos reproducido al invitaros y que es la mejor de su tipo que conozco, pese a haber recorrido colecciones peruanas, norteamericanas y europeas. Lo propio del « vaso-retrato » es ese carácter de reproducción intrasferible de la figura humana. No es « el hombre » *in genere*, es « un hombre » determinado, con sus defectos físicos, sus rasgos fisionómicos propios y hasta con su carácter y su espíritu que afloran en las comisuras de los labios, en el rictus de las cejas, en la plenitud o la esquivez de la mirada. Estos artistas del Lejano Chimú son, también, animalistas estupendos. Sus colecciones reproducen con elegancia y fidelidad todos los seres de la escala animal con los que han estado más en contacto. Y cuando el verismo cede el paso a la estilización, aunque ésta sea, por veces, atrevida, la escorzadura es tan maestra, que el trazo, el detalle ausente, puede ser mentalmente evocado de inmediato por la pujanza y el imperio que logran los rasgos esenciales conservados. A veces el artista llega, a la composición: escenas de pesca en las que el tamaño respectivo de pescador y pez muestran la importancia absorbente de éste para un pueblo normalmente ictiófago, o en las que es posible reconocer la balsa de totora y el remo de media caña de que habla Cieza; ceremonias



« Vaso-retrato », demostrativo de la capacidad modelística de los ceramistas preincásicos
(Se cree procedente de Trujillo.) *Museo de La Plata*

religiosas o guerreras en que los vasos forman un *corpus* insustituible para el conocimiento de trajes, de armas, de implementos, de costumbres. Toda la vida material y buena parte de la espiritual es reflejada en la arcilla y cobra allí una vida impetuosa y bullente. Esta capacidad modelística y esta primacía del modelado sobre la parte pictórica de la decoración se muestra en todo su esplendor, también, en el más próximo período del Cercano Chimu, en el cual buena parte de los vasos se hacen de una pasta negra, de un negro tan pulido y brillante, de un grano tan fino, que en los mejores ejemplares da la impresión visual del metal. Hemos agrupado en tres vitrinas centrales los vasos de este tipo. Este empleo de la cerámica negra, poco abundante en el primer período, se hace común en éste que mantiene con el precedente una vinculación no sólo territorial sino también técnica que no es posible estudiar aquí, pero que queda especificado en los textos indicadores en vitrina.

Presentamos asimismo un conjunto de materiales de Chancay, de realización más tosca, pero altamente llamativos y que corresponden al reino algo más meridional de Cuismanco, a estar a lo que eran sus posesiones en la época de la expansión incásica. Kroeber ha dividido esta clase de alfarería en cinco tipos y Means, al hacer su crítica, ha señalado agudamente que hay un curioso contraste entre el deseo de realismo de su ornamentación modelada y el pronunciado carácter geometrizable de la pintada. Quizás esto derive de resultar esta región una zona de aculturación que confluye de dos grandes centros preexistentes: la capacidad de modelado realista, algo limitada y rígida, viene del Gran Chimu, en tanto que la pintura geometrizable parece ser la resultante de una expansión noroccidental de la cultura del segundo período de Tiahuanaco.

En realidad es a otra cultura, esta vez de la costa sur del Perú, a la de Nazca, a la que pertenece la colección más numerosa de las piezas que exhibimos. A la inversa de lo que ocurre en ambos períodos del Chimu, en los dos en que los técnicos dividen la cerámica nazqueña es evidente el predominio de la pintura. Los mejores vasos reciben un engobe que les da una especie de vidriado protector. De ahí la esplendorosa conservación de sus colores, cuya frescura es, a veces, extraordinaria. Aparte de los frisos de cabezas humanas de frente — o de las cabezas decapitadas, de perfil —, que tanto abundan, la superficie mayor de buena parte las piezas presenta una serie de figuraciones que Selser ha estudiado atribuyéndole significación mitológica. Means, al ratificar aquella interpretación, ha ampliado la nómina con lo que él llama « el dios ciempiés ». Jacovleff — cuyo meteórico paso por la arqueología peruana, tan rico de sugerencias como rápido, hace aún más lamentable su muerte temprana —, ha criticado y rebatido tales concepciones míticas, tendiendo a la atribución de estos temas decorativos a la reproducción de las formas faunísticas locales sometidas a una estilización particular.

También estos vasos suelen ser, en algunos casos, testimonios exactos de

usos y costumbres — pese a que los tipos de decoración antes dichos enervan esta posibilidad con harta frecuencia : de tanto en tanto alguna figura antropomorfa, ya en actitud hierática, ya en la tarea diaria de la pesca, por ejemplo, recuerda lo que debieron ser ciertas costumbres — tatuaje y pintura facial, vestuario, armas, economía — y hasta la representación tan frecuente de sacrificios humanos y de cabezas-trofeos induce a obtener inferencias acerca de su vida espiritual y de sus ritos. En los tejidos, si bien algunos son de decoración local, otros presentan una nueva y clara muestra de la expansión tiahuanaqueña que ya hemos notado en los vasos de Chancay.

Esto nos lleva a cerrar esta revista — tan rápida y somera como las circunstancias del acto lo exigen — con la última de las culturas preincásicas representadas en la Sala, la de Tiahuanaco. Una devastación casi sistemática, cumplida sobre este yacimiento desde épocas coloniales, y continuada absurdamente hasta nuestros días ante la inercia y el abandono de los gobiernos republicanos, ha dejado sólo sobre el terreno aquello que por su volumen resulta intrasportable : la escalera monumental y los pilares gigantes del Kalasasaya, la « Puerta del Sol » — de la cual presentamos un calco hecho en nuestros talleres — y los monolitos antropomorfos situados sobre las ruinas, a su vera o en la iglesia del actual pueblo. Las colecciones cuantiosas han sido aventadas, transportadas a Europa, acumuladas por coleccionistas particulares del país — lo que hace más notorio el desvalimiento del Museo Nacional boliviano —, o volatilizadas en ese contrabando de hormiga de los turistas que no quieren volverse sin el inevitable recuerdo. La consecuencia más notoria es que hoy es muy difícil hacer valiosas colecciones nuevas sin realizar excavaciones sistemáticas. Éstas, en cambio, pueden deparar gratas sorpresas, como lo ocurrido a Bennett recientemente, pero exigen gastos superiores a las actuales posibilidades económicas de nuestro Instituto. Además, el prestigio de Tiahuanaco ha reducido casi a este sólo lugar las búsquedas y hoy, por ejemplo, ignoramos íntegramente lo que puede deparar el sur de Bolivia, en materia arqueológica, cosa que necesitaríamos saber, por ejemplo, para poder conectar la zona andina general con la región de Iruya y Santa Victoria que vengo estudiando desde hace varios años, y aún para delimitar el área de expansión septentrional de las manifestaciones culturales que he recogido en mis cuatro viajes.

— Para remediar, en lo posible, esta laguna de nuestras colecciones, he entregado al Museo la que recogí en oportunidad de mi viaje de estudio a aquel país, en 1937. Esta pequeña serie procede de Tiahuanaco y de Tacacoma, en la provincia de Sorata, localidades situadas al sur y noroeste del lago Titicaca. En la primera residí una semana, viviendo en la desmantelada cabaña de los guardianes de las ruinas, durmiendo en un colchón puesto en el suelo, al lado de otro en el que hacía lo propio el doctor Posnansky, cuya labor como animador de estos estudios en Bolivia todos conocemos. Y por cierto que no olvidaré mientras viva la impresión que la

visión de ese derruido yacimiento me producía, en ese silencio profundo de la noche en el Altiplano, cuando a casi cuatro mil metros de altura y con una temperatura de más de diez grados bajo cero, salía a pasearme a la vera de los enormes pilares del Kalasasaya o subía el montículo del vecino Ak-Kapana para contemplar desde allí, a la luz de una luna inverosímilmente grande y brillante, aquel vetusto y enorme cuadrilátero en ruinas que parecía animarse al conjuro de mi fantasía.

Nuestra exhibición, más que para eruditos, ha sido calculada para un público general, deseoso de instruirse globalmente. Por eso presentaremos en maniqués dos vestimentas completas, preincásicas, con todos sus atavíos complementarios; por eso hemos distribuido los vasos, gradualmente y por regiones, prefiriendo aquellos de los que tenemos testimonios de procedencia regional, y los hemos reunido en las vitrinas prefiriendo una agrupación estética, que permita un examen sin fatigas, antes que una seriación por temas o motivos de estricta especialización que resultaría excesivamente fatigosa para el concurrente común, que, por estar habitualmente desprovisto de erudición arqueológica, se sentiría cansado ante una aparente repetición de ejemplares semejantes en los que no podría captar las sutiles diferencias; por eso, por último, hemos agrupado las telas, que forman el friso, sobre las vitrinas a cuya cerámica corresponden, para evitar exceso de indicaciones escritas que han sido situadas, preferentemente y cada vez que ha sido posible, fuera de las vitrinas, a objeto de devolver a los ojos su función de interesados absorbedores de formas y colores más que de lectores sin curiosidad.

El logro de la apertura de esta Sala es el resultado de más de dos años de esfuerzos. No habría sido posible obtenerlo, con el brillo y la pulcritud con que se lo hace, si el Departamento a mi cargo no hubiese contado, desde el primer momento, con el decidido apoyo de la Dirección que, comprendiendo toda la trascendencia de esta iniciativa, y haciéndola suya, quiso transformar el primitivo proyecto, concebido por mí con los reducidos elementos con que entonces contábamos, en esta elegante Sala que es hoy prez del Departamento e inaugurando un procedimiento de exhibición que deseo vivamente pueda generalizarse para los demás Departamentos. Pero el logro de un resultado como éste requiere, también, colaboraciones a veces humildes pero de indiscutible eficacia. Quiero recordar la actividad que en obsequio de nuestros propósitos ha desarrollado el preparador Antonio Castro — cuyos auxilios fueron gentilmente facilitados por mi ilustre colega el doctor don Ángel Cabrera, al servicio de cuyo Departamento está afectado — para la confección del maniquí que luce en la Sala y de otro que le acompañará en breve; la de la ilustradora, señora von Bülow; la del preparador Augusto J. Lanussol y el aprendiz Osvaldo Gomba, en la imprenta; la del mayordomo y personal de servicio y talleres y, sobre todo, y muy especialmente, la de mis colaboradores inmediatos el ayudante de preparador Domingo García y los aprendices Héctor Gorostiaga y Oscar Tana, cuya modestia se ha de

ver quizás molestanda por este recuerdo, pero a quienes quiero nombrar aquí como un estímulo merecido por su entusiasmo, su contracción y su habilidad.

La Sala que hoy inauguramos tiene el valor de un símbolo y la presencia del señor Embajador del Perú, que ha querido hacernos el honor de acompañarnos con su palabra, lo subraya. En un momento en que todo el mundo cruje y se debate bajo la violencia desencadenada, en este oasis de paz que es todavía América, trabajamos con tesón y con esperanza en las tareas incruentas de la ciencia y de la cultura. En un momento en que todos los vínculos se rompen bajo el peso de la metralla, los pueblos de América nos volvemos unos a otros para reiterar nuestros deseos de paz, de unión continental, de conocimiento profundo, que es una forma del amor fraterno. Al abrir esta Sala reafirmamos, sin gesticulaciones pero con decisión, esos votos que crea el imperativo trágico de la hora.

DISCURSO DEL EMBAJADOR DEL PERÚ, DOCTOR DON FELIPE BARREDA Y LAOS

El Instituto del Museo de la Universidad de La Plata, ha tenido la feliz iniciativa de inaugurar esta sala arqueológica, dedicada al Perú, en celebración del Día de la Raza.

El Descubrimiento de América, acontecimiento histórico que inaugura la Edad Moderna, reveló la existencia de dos continentes, dos mundos recíprocamente ignorados.

Frente a frente, la Hispanidad y el Indianismo, se miraron asombrados, sin comprenderse.

La Conquista, con sus crueles episodios de persecución indígena, aniquilamiento de los dos Imperios, Azteca, en México, Incaico en Perú, extirpación de idolatrías y creencias, subyugación implacable, es el drama sangriento de la incomprensión entre dos mundos, dos enormes masas étnicas que chocaron con violencia y estruendo de milenio cósmico.

Este ciclo, que pudiéramos llamar de oposición entre América y Occidente, se prolongó durante muchos años del período que llamamos colonización, para ser sustituido por lo que bien pudiera denominarse ciclo de fusión, cuya extensión llega a nuestros días; cuyo fruto fué el mestizaje indohispánico que no sólo representa nueva creación étnica, o racial, en el mundo, sino expresión original de civilización y cultura. Tal es, apreciado en dimensiones históricas, el proceso a que dió lugar la proeza de Colón.

Hasta el siglo xx supimos satisfacernos con esta visión histórica de nuestro mundo americano, limitada por los alcances modestos de nuestros medios y recursos de investigación y estudio.

Las informaciones provenían de fuentes relativamente cercanas; las relaciones de Cronistas de Indias reducían el horizonte de la visión histórica;

el pensamiento no osaba penetrar más allá de la Dinastía Incaica, o del Imperio Azteca.

El renacimiento intelectual novecentista de nuestro mundo americano, fomentó el fervor de la investigación, dando impulso a la Arqueología.

En el Perú, el doctor Max Uhle fué el primer maestro que inició, en 1906, la investigación arqueológica, organizándola como verdadera disciplina científica. Ayudado de la Geología, y de la meticulosa clasificación, creó en nuestros estudios una nueva dimensión, más allá de la Historia: la dimensión arqueológica, con cuya mágica ayuda hizo aparecer sobre la escena, mundos, pueblos, civilizaciones y personajes de milenaria antigüedad, jamás conocidos en el Perú, con anterioridad a sus ensayos.

La trascendencia de sus descubrimientos incrementó el prestigio de la escuela arqueológica. Sus continuadores, Julio Tello, Luis Valcárcel, Horacio Urteaga, José Gabriel Cossio, Uriel García, y otros, han ampliado el panorama del mundo pre-incaico, reconstituyendo el vastísimo cuadro de nuestras culturas prehistóricas, definiendo sus características, los límites de su extensión, la profundidad de su cronología.

La existencia del Imperio de Tiahuanaco, en el antiguo Collao, la cultura Nazca, la Chimú, la de Paracas, las relaciones de la cultura Maya con las más remotas culturas prehistóricas peruanas, son admirables descubrimientos de la Arqueología, demostrativos de haber sido América continente de civilización en remotísimas edades.

Razón tiene el Museo de La Plata para enorgullecerse de las magníficas colecciones arqueológicas que guarda; porque esas vitrinas llenas de piezas de cerámica, artefactos, tejidos de admirable colorido y técnica artística, son como esas antiguas armerías que guardan, en sus blasones y recias armaduras, el prestigio de la secular estirpe, para orgullo de América y reivindicación de su prehistórico linaje.

El 12 de octubre de 1492 tiene así la doble significación que debe atribuirse a la hazaña de Colón: la gloria de la Hispanidad, ganando para el Occidente un nuevo mundo, y la gloria de América, afirmando para la raza americana, a través de sus tesoros arqueológicos, el prestigio de sus milenarias civilizaciones.

La Sala que hoy inauguramos significa paciente y meritorio esfuerzo de la Universidad de La Plata y del Museo. Dedicarla al país que represento es alto honor para el Perú, que compromete mi profunda gratitud.